





orden, acompañado por el gorjeo de las aves que parecían enardecerse á la música de su palabra, bendecido por el aroma de las flores que subía al cielo como las oraciones de su purísima alma, con los ojos extáticos en la interior contemplación del pensamiento, con los labios abiertos para fluir las ideas místicas, oyéndose casi los latidos del amor divino en su corazón y los latidos del pensamiento revelado en sus sienes; aquel hombre, que levantaba los brazos á las alturas como para elevar los cuerpos y darles alas de igual suerte que elevaba y daba alas á los espíritus, parecía representación del Verbo eterno, uno de aquellos profetas, uno de aquellos mártires, uno de aquellos redentores, que han dejado de sí un recuerdo inextinguible en la memoria humana y que han sabido hacerse adorar como verdaderos dioses por innumerables generaciones, alimentadas de sus ideas y enardecidas por su ejemplo.

No bastó el jardín á su espléndida elocuencia, y fué necesario darle la iglesia de San Marcos; no bastó la iglesia de San Marcos, y fué necesario darle la catedral de Santa María de las Flores. La multitud se agolpaba tumultuariamente á oírle y henchía los espacios del inmenso templo. Los cuadros apocalípticos, que trazaba; los contrastes maravillosos de sus originales antítesis; la mezcla extraña de los arrebatos místicos y de los cálculos políticos; las salidas graciosas en medio de los pensamientos sublimes; la elevación á las regiones sobrenaturales y la caída en garrulerías gratas al pueblo; todas estas calidades de su elocuencia, realzadas por sus innumerables virtudes, le daban ascendiente tal que su nombre se había grabado de un modo indeleble en la conciencia de aquel pueblo. En medio de la aparente felicidad, que daba la política de los Médicis á Florencia, solo él veía en los celajes de su pensamiento apocalípticas catástrofes. Y como las veía con verdad, las anunciaba con lisura. Y precisamente este anuncio, que conmovía los corazones del pueblo, inquietaba el ánimo de su jefe. Así, un día, le envió Lorenzo el Magnífico cinco comisionados, para decirle moderadamente los peligros por él corridos, á causa de sus intemperancias de palabra y la necesidad que tenía de corregirse y refrenarse. Savonarola, semejante á los profetas antiguos, que desafiaban audaces la cólera de los perseguidores de su pueblo, decíales que iban allí, no por propios movimientos de su voluntad, sino por ajenos impulsos de su tirano, al cual debían decirle que se reconciliase con Dios y se



apercibiese á otro género de vida, porque le amenazaba, y muy de cerca, un tremendo castigo: que el Señor no excusa á nadie de su justicia y no teme á los príncipes de la tierra. Dijéronle entonces los que le amonestaban cómo se exponía, hurgando la susceptibilidad de Lorenzo el Magnífico, á un triste destierro, y contestábalos con tenaz insistencia que le iba poco en separarse ó no de aquel territorio, por ser la ciudad como una lenteja en la tierra; pero que estaba cierto de que él, pobre fraile, sin la propiedad siquiera de su hábito, se quedaria en Florencia, mientras tendria por fuerza que partirse, y pronto, su dueño y su señor. Y dicho esto, añadió en tono profético: «Os digo en verdad que dentro de poco, morirán tres personas en Italia, el Rey de Nápoles, el Papa de Roma, y el señor de Florencia.»

Tal tenacidad irritaba el ánimo de los Médicis, y tal irritacion traía un tanto acongojada á la comunidad, que se creía blanco de las iras incontrastables de la poderosísima familia cuasi reinante. Comprendiendo Savonarola que debía moderarse, no por él, sino por los suyos, comenzó á templar un poco el ardor de sus discursos y á reducirse puramente á la religion y á la moral. Pero, como amaba con aquel amor exaltadísimo su Italia, su Florencia y su República, no podía dejar de convertir los ojos á estos amados objetos, y hacerlos principal asunto de sus oraciones, á ver si podía salvarlos de la deshecha tormenta, con que los amenazaba la divina Providencia. Hay que leer sus Memorias, diseminadas en sus libros, para adivinar la guerra terrible, en que debía empeñarse consigo mismo, á fin de obtener el imperio indispensable sobre su palabra. Ayunos, penitencias, maceraciones, ejercicios piadosos, largas vigiliass, todo lo empleaba, y nada podía conseguir en su porfía, porque la idea y la lengua se le iban tras el principal asunto de sus sermones, tras la alianza del Evangelio con la democracia y de la reforma de la Iglesia con el mantenimiento y consolidacion de la República. Además, Savonarola no se contentaba con defender sus ideas y propagarlas, tenia que combatir á los tiranos y que combatirlos á muerte. Sentíase con una vocacion sobrenatural á la guerra por las ideas empeñada y sostenida con el arma flameante de la elocuencia. Así, cuando su prudencia le imponía la reserva y su voluntad se sujetaba á su prudencia, ese genio, dominador de todas las facultades y soberano absoluto del alma, decíale al oído con voz que no esta-

ba en él desoir, las palabras luminosas é inflamadas que avivaban los ánimos y devolvían el calor de la vida y la fuerza del sentimiento á la yerta y moribunda República, por la cual juraba vivir y morir con uno de esos juramentos sinceros que salen de las entrañas del alma y que llegan hasta el trono mismo de Dios.

Elegido prior de San Márcos en el estío de 1494, crecía su importancia y con su importancia crecía también su responsabilidad. Y á medida que su responsabilidad crecía, también aumentaba su independencia, estimando como estimaba justamente que la grandeza de los cargos, la multiplicidad de los deberes, la direccion de las sociedades en cualquiera de sus grados, pide accion desembarazada y libre, sin la cual no se puede responder á la alteza de un gran ministerio histórico en el mundo. Así, como pensaba concentrarse en corregir las costumbres, en devolver su autoridad á las instituciones, en traer la seguridad á la República al par de la reforma á la Iglesia, y creía primer responsable de todos los males por remediar y primer obstáculo á todos los progresos por cumplir Lorenzo de Médicis; negóse á lo que cumplían todos los priores de San Márcos antes de él, á la visita de rúbrica despues de la eleccion, visita semejante á la que suelen hacer en Francia los académicos al jefe del Estado despues de tomar posesion de su cargo. Los monjes, doloridos de esta entereza y temerosos de que cediera en daño de todos, le conjuraron á que prestase ese homenaje ceremonioso y de aparato al jefe de la República; y él, sordo á tales reclamaciones, contestaba incansablemente que, como á Dios tan solo debía su eleccion, á Dios tan solo prestaba acatamiento. Lorenzo se alzaba en apariencia de hombros, pero en realidad sentía el dardo en las entrañas y contestaba con la amarga reflexion de que un extraño se había instalado en su casa y ni siquiera se dignaba visitarle. Pero como quiera que en los resortes de su política estuviese el no apelar á los medios extremos hasta despues de agotados todos los pacíficos, iba Lorenzo con frecuencia al convento, se paseaba por el jardín, oía misa, hablaba con los frailes, y deponía en el cepillo algunas limosnas. Savonarola, ocupado todo el dia, ora en preparar su trabajosa predicacion, ora en dirigir los negocios de la comunidad, ora en dar consejos políticos á los ciudadanos de sus ideas y de su partido, no bajaba en ninguna ocasion á obsequiar al gran personaje con las atenciones debidas á